

CAPÍTULO UNO

LA GUERRA ES UNA ESTAFA

La guerra es una estafa. Siempre ha sido así.

Es posiblemente la más antigua, probablemente la más rentable, seguramente la más atroz. La más internacional en su alcance. La única en que los beneficios se cuentan en dinero y las pérdidas en vidas.

Como mejor se define una estafa es, en mi opinión, como aquello que no es lo que le parece a la mayoría de las personas. Solo un reducido grupo (selecto) sabe de qué va. Está dirigida a obtener el beneficio para unos pocos, a costa del gasto de muchos. Fuera de la guerra, pocos amasan grandes fortunas.

Durante la I Guerra Mundial, un mero puñado de personas cosechó el beneficio del conflicto. Al menos 21.000 nuevos millonarios y milmillonarios surgieron en Estados Unidos durante la Guerra Mundial. Esos declararon sus

enormes ganancias de sangre en su declaración de impuestos. Cuántos otros millonarios de guerra falsificaron sus declaraciones es algo que se desconoce.

¿Cuántos de estos millonarios de guerra portaron al hombro un rifle? ¿Cuántos de ellos cavaron una trinchera? ¿Cuántos de ellos conocieron el significado de pasar hambre en un refugio subterráneo infestado de ratas? ¿Cuántos de ellos pasaron noches desveladas por el miedo, agachados en sus refugios bajo las balas de ametralladora y la metralla? ¿Cuántos de ellos detuvieron la acometida de una bayoneta que empuñaba un enemigo? ¿Cuántos de ellos fueron heridos o quedaron muertos en la batalla?

Sin necesidad de guerra, las naciones adquieren territorio adicional, si les sale bien. Simplemente lo toman. Unos pocos enseguida explotan el nuevo territorio adquirido, los mismos que exprimen dinero de la sangre de la guerra. El pueblo en general carga con la factura.

¿Y cuál es esa factura?

La factura recoge un espantoso recuento. Lápidas recién colocadas. Cuerpos destrozados. Ment

destruidas. Corazones y hogares rotos. Inestabilidad de la economía. Depresión y todo el cortejo de sus miserias. Cargas fiscales insoportables durante generaciones y más generaciones.

Durante muchos años, como soldado, tuve la sospecha de que la guerra era una estafa; pero no me di cuenta por completo hasta que me retiré del servicio activo. Ahora que veo los nubarrones de una guerra internacional cerniéndose, como los de hoy día, debo afrontarlo y dar cuenta de ello con franqueza.

De nuevo están eligiendo bandos. Francia y Rusia han llegado al acuerdo de permanecer codo con codo. Italia y Austria se han apresurado a llegar a un pacto similar. Polonia y Alemania se miran con ojos de cordero, olvidando mientras tanto (por una única vez) sus disputas sobre el Corredor Polaco.

El magnicidio del rey Alejandro de Yugoslavia ha complicado la cuestión. Yugoslavia y Hungría, acérrimos enemigos durante mucho tiempo, estuvieron a punto de lanzarse a la garganta del otro. Italia estaba lista para saltar. Pero Francia se mantuvo a la espera. Otro tanto hizo Checos-

lovaquia. Todos ellos deseaban la guerra. No la gente (no los que luchan, pagan y mueren), solo aquellos que fomentan las guerras y se quedan seguros a retaguardia para aprovecharse.

Hay 40 millones de hombres en armas en el mundo hoy en día, y nuestros estadistas y diplomáticos tienen la temeridad de decir que no hay preparativos de guerra.

¡Campanas del Infierno! ¿Acaso estos 40 millones de hombres se entrenan para ser bailarines?

No en Italia, está claro. El primer ministro Mussolini sabe para qué están siendo entrenados. Él, al menos, es bastante franco al hablar. El otro día, el Duce dijo en *Conciliación Internacional*, la publicación del Fondo Carnegie para la Paz Internacional:

«Y sobre todo, el Fascismo, el que más considera y observa el futuro y el desarrollo de la Humanidad lejos de las consideraciones políticas del momento, no cree en la posibilidad ni en la utilidad de una paz perpetua... Solo la guerra pone de relieve la más alta tensión de la energía de todo ser humano y pone un sello de